

“Mi último reloj de oro macizo”

Tennessee Williams

Ce ne peut être que la fin du monde, en avançant

Rimbaud

La habitación de un hotel de una ciudad del delta del Mississippi. La habitación ofrece el mismo aspecto, un poco deteriorado, desde hace treinta y cuarenta años. Las paredes son de color mostaza. Tiene dos ventanas con unas persianas de un verde desvaído, un poco rotas, un ventilador en el techo, una cama de hierro pintada de blanco con una colcha color de rosa, un lavabo con capullos de roza pintados en el jarro y en la palangana, y en la pared hay colgada una litografía que representa a la Esperanza con los ojos vendados y la lira rota.

Se abre la puerta y entra el SR. CHARLIE COLTON. Es un personaje legendario; tiene setenta y ocho años, pero sigue en la brecha. Es pródigo en carnes, enormemente robusto, y su porte tiene una dignidad majestuosa. En otro tiempo andaba con elegante desenvoltura y arrogancia. Ahora avanza pesadamente y resopla; cuando nadie le mira aprieta la mano contra el pecho y yergue la cabeza, atento a los latidos de su corazón. Cruzan la pronunciada curva de su pecho y vientre múltiples cadenas de oro, de las que penden varios pequeños dijes y colgantes. Lleva un sombrero hongo echado hacia atrás y un cigarro en la boca. Este es “Mister Charlie”, que melancólicamente, pero no sin orgullo, se llama a sí mismo “el último de los viajeros del delta”. Detrás de él entre en la habitación un empleado negro, de su misma edad, delgado, sin dientes y con el pelo gris. Lleva a hombros las largas cajas de muestras de cuero color naranja que contienen los zapatos que vende CHARLIE. Las pone a los pies de la cama mientras CHARLIE busca en su bolsillo una moneda.

CHARLIE (*Entregando la moneda al NEGRO*): ¡Ahí tienes!

NEGRO (*Jadeando*): ¡Gracias, señor!

CHARLIE: ¡Hum! Eres un negro demasiado viejo para cargar con esas cajas tan pesadas.

NEGRO (*Con una sonrisa triste*): No diga eso, míster Charlie.

CHARLIE: Calculo que seguirás en ello hasta que un día te caigas muerto.

NEGRO: Eso es, míster Charlie.

(CHARLIE busca en su bolsillo otra moneda y se la echa al NEGRO, que se agacha y se ríe al cogerla).

CHARLIE: ¡Ahí va!

NEGRO: ¡Gracias, señor; gracias, señor!

CHARLIE: ¡Ahora, pon en marcha ese ventilador y luego tráeme un poco de agua fría!

NEGRO: ¡Hum! ¡Decadencia! ¡Últimamente aquí todo va de capa caída!

NEGRO: Sí, señor; es verdad, míster Charlie; todo va de capa caída.

CHARLIE: ¿Se hospeda algún conocido mío en el hotel? ¿Está en la ciudad alguno de los viejos?

NEGRO: No, señor, míster Charlie.

CHARLIE: “¡No, señor, míster Charlie!” ¡No oigo otra cosa ya! ¿Quieres decir que no voy a poder jugar al póker?

NEGRO (*Sonriendo tristemente*): ¡Míster Charlie, usted es quien mejor puede juzgar!

CHARLIE: Bueno, no hay mucho donde escoger en estos tiempos. ¡Cada vez voy a una ciudad encuentro menos de lo viejo y más de lo nuevo; y te juro, negro, que esta nueva cosecha de algodón que veo por el delta no vale la pena arrancarla de la tierra! ¡Baja y dile a ese muchacho, el señor Bob Harper, que suba a echar un trago!

NEGRO (*Retirándose*): Sí, señor.

CHARLIE: ¡Si no, me parece que voy a tener que echar solitarios! (*El NEGRO cierra la puerta, CHARLIE se dirige a la ventana y sube la persiana. La tarde se está poniendo azulada. Suspira y abre su maleta para sacar una botella de whisky y unas barajas que echa encima de la mesa. Se detiene y se lleva la mano al pecho*)

CHARLIE (*Se dice a sí mismo en tono amenazador*): ¡Bum-bum-bum-bum-bum! ¡Aquí viene el desfile! (*Pasados unos momentos se oye un golpe en la puerta.*) ¡Adelante! (*Entra HARPER, un viajante de treinta y cinco años. No ha conocido la “gran época” de la profesión y no hay vestigios de grandeza en sus modales. Es flaco y cetrino, y lleva un tebeo en color metido en el bolsillo de la chaqueta.*)

HARPER: ¿Cómo está el viejo veterano?

CHARLIE (*Cordial*): ¡Espléndidamente! ¿Cómo está la joven ardilla?

HARPER: Muy bien.

CHARLIE: ¡Así se habla! ¡Pasa y sírvete una copa! ¿Un cigarro?

HARPER (*Aceptando ambas cosas*): Gracias, Charlie.

CHARLIE (*Mirando el bolsillo de HARPER con disgusto*): ¿Por qué andas por ahí con tebeos?

HARPER: De cuando en cuando me hacen reír un poco.

CHARLIE: ¡Qué falta de imaginación! (*HARPER ríe un poco molesto.*) No me digas que esas cosas son realmente divertidas. (*Saca el tebeo del bolsillo de la chaqueta de HARPER.*) ¡“Supermán”, “Aventuras de Tom Tyler”! ¡Bah! ¡Ninguna de ellas es ni la mitad de fantástica que la vida misma! Cuando llega uno a mi edad, que son setenta y ocho años, se tiene una perspectiva de la vida asombrosa. ¡Literalmente asombrosa! ¡No, se dice uno, todo eso no puede haber sucedido! ¿Y por qué razón? ¡No! Empieza uno a preguntarse... Bueno... ¿Estás con Schultz y Werner?

HARPER: Así es, Charlie.

CHARLIE: Esa casa es relativamente nueva.

HARPER: No creo. Llevan ya en el negocio veinticinco años, Charlie.

CHARLIE: ¡Infancia, pura infancia! ¿Sabes éste, Bob? ¡Un niño en su niñez no se divierte ni la mitad que los adultos en su adulterio!

(Ríe estruendosamente. HARPER sonríe de mala gana. CHARLIE se calla bruscamente. Le hubiese gustado una respuesta más profunda. Recuerda la época en que un chiste suyo precipitaba un huracán. Llena de whisky el vaso de HARPER)

HARPER: ¿Usted no bebe?

CHARLIE: No, señor. ¡Se acabó!

HARPER: ¿Por qué?

CHARLIE: ¡El estómago! ¡Perforado!

HARPER: ¿Úlcera? *(CHARLIE asiente con un gruñido. Se inclina trabajosamente y alza una de las cajas de muestras, poniéndola encima de la cama.)* Yo tuve una úlcera una vez.

CHARLIE: Todo el que bebe tiene una úlcera una vez. Algunos, dos veces.

HARPER: Ha perdido usted peso, ¿verdad?

CHARLIE *(Abriendo la caja de muestras)*: ¡Veintisiete libras he perdido desde el mes de agosto! *(HARPER silba, CHARLIE busca entre sus muestras.)* ¡Sí, señor! ¡Veintisiete libras he perdido desde agosto! *(Saca un zapato oxford y lo mira desdeñosamente.)* ¡Bah..., lástima de cuero! *(Vuelve a ponerlo en la caja y continúa revolviendo.)* ¡Un hombre de mi edad y constitución, Bob, no debe tener tanto tejido adiposo! ¡Es *(Se endereza, colorado y jadeante.)* una carga terrible para el corazón! Alárgame esa otra muestra..., aquella de allá. ¡Quiero enseñarte un modelo de nuestra colección de primavera digno de una reina! Hay quienes dicen que la Cosmopolitan no está a la altura de los tiempos. Es una afirmación que yo desmiento y que voy a refutar mostrando simplemente una pequeña zapatilla de piel de becerro. *(Abriendo la segunda caja.)* ¡Vamos a ver, hijo! *(Buscando entre las muestras.)* ¿Conocías al viejo Langner; de Friar's Point, Mississippi?

HARPER: ¿Al viejo Langner? Claro.

CHARLIE: Se lo encontraron muerto en la bañera hace una semana, el sábado por la noche. ¡Aquí está lo que yo buscaba!

HARPER: ¿El viejo Langner? ¿Muerto?

CHARLIE: ¡Enterrado! Tuvo un funeral masónico. Yo ayudé a llevar el ataúd. Bob, quiero que veas este oxford sport de becerro para señora, con tacón cubano, sin punta y con lengüeta. *(Lo alza reverencialmente.)* ¡Quiero que contemples este zapato y me digas claramente lo que opinas de él! *(HARPER silba y abre mucho los ojos.)* ¿No es una verdadera mercancía, ardilla? Pues quiero que sepas...

HARPER: ¡Charlie, realmente es una bonita mercancía!

CHARLIE: ¡Bob, esa mercancía no es más que una pequeña indicación de lo que es nuestra colección de primavera! ¡Un artículo como éste que lleva la marca I.S.C., no hay que cogerlo y examinarlo en el microscopio para averiguar si el material de que está hecho es tan bueno como su aspecto! ¡No es éste el zapato que la señora Jones, de Hattiesburg, Mississippi, te va a tirar a la cara dos o tres semanas después porque se hizo pedazos como si fuera de cartón con la primera lluvia! ¡No, señor! ¡Quiero que lo sepas! Tenemos algunos bonitos zapatos troteros en nuestra colección de primavera. Voy a exponer mis muestras allá abajo en el vestíbulo mañana por la mañana, a primera hora. Las empaquetaré y me iré de la ciudad a mediodía... Pero, por Jehová todopoderoso, te apuesto a que tendré que telegrafiar al despacho para que me envíen a la plaza adonde me dirija después un paquete de libretas de pedidos, porque voy a agotarlas todas, Bob. ¡Bollos calientes! ¡Eso es lo que vendo! *(Vuelve exhausto a la caja de muestras y arroja el zapato en ella, algo descorazonado por la actitud de HARPER, que mira con vaga complacencia la lámpara de bronce. Recuerda los tiempos en que se podía retener con más seguridad la atención de la gente con la charla. Cierra de golpe la caja y lanza una irritada ojeada a HARPER, que mira ahora con tristeza hacia la alfombra marrón.)* Pues sí... *(Sirve un latigazo de whisky.)* Esta tarde me dieron una noticia verdaderamente impresionante.

HARPER *(Echando un anillo de humo)*: ¿Qué noticia fue ésa?

CHARLIE: Lo que me contaron del viejo Gus Hamma, uno de los viejos veteranos de aquellos tiempos, Bob. El y yo, y mi padre, C.C., solíamos jugar al póker siempre que coincidíamos en la ciudad, ¡aquí en esta misma habitación! Pues fíjate...

HARPER *(Oprimiéndose la frente)*: Creo que he oído contar algo. ¿No tuvo un ataque al corazón o algo parecido hace unos meses?

CHARLIE: Sí. Y en parte se recuperó.

HARPER: ¿Sí? Lo último que oí decir es que había que darle de comer con cuchara.

CHARLIE *(Rápidamente)*: Así fue, y en parte se recuperó. Ha estado yendo por ahí, sabes, en uno de esos sillones con un motor eléctrico. Iba chucu-chucu-chuc, rodando por la calle con una colilla en la boca. Bueno, pues ayer, en Blue Mountain, al salir del Club Elks, lo vi entrar, ayudado por el negro... "¿Qué hay, Gus, cómo estás?" Eso fue a las seis y cuarto. Media hora después entra en el vestíbulo del hotel, donde estaba yo empaquetando mis cajas de muestras, Carter Bowman, y me da la noticia de que el viejo Gus Hamma ¡se acaba de quemar vivo en el salón del Club Elks!

HARPER *(Sonriendo involuntariamente)*: ¿Qué me cuenta usted?

CHARLIE: Sí, señor; el viejo veterano se había quedado dormido con aquel cigarro en la boca..., se le prendió fuego al traje... ¡y se consumió como un trozo de papel!

HARPER: ¡No le creo!

CHARLIE: Pero ¿por qué demonios iba yo a mentir en una cosa así? ¡Se consumió como un trozo de papel!

HARPER: ¡Perra manera de morir un hombre!

CHARLIE: ¡De una manera o de otra ...! (Serio.) Tal vez no lo sepas, Bob, pero todos nosotros, los veteranos, estamos desapareciendo más que aprisa. ¡Todos tenemos que abandonar el puesto un día u otro! ¡Yo calculo que soy casi el último de los viajantes del delta!

HARPER (Moviéndose inquieto en su asiento y mirando al reloj): ¡El último... de los viajantes del delta! ¿Cuánto tiempo lleva usted en la profesión?

CHARLIE: ¡Hará cuarenta y seis años en marzo!

HARPER: No le creo.

CHARLIE: ¿Por qué iba a mentirte? No, señor, quiero que lo sepas, quiero que lo sepas... Hm... Perdí un cliente muy bueno esta semana.

HARPER (Con total desinterés, ajustándose el pantalón): ¿Cómo es eso, Charlie?

CHARLIE (Sombrío): El viejo Ben Summers, de Friar's Point, Mississippi... Cayó como herido del rayo cuando iba a servirse una bebida en la fiesta de los plantadores de algodón.

HARPER: ¡Verdaderamente, es terrible! ¿Qué le pasó?

CHARLIE: ¡Que le llegó su hora, eso es lo que le pasó! Hay gente que cree que los millones de personas que hoy viven no van a morir nunca. Yo no lo creo. Creo que es una falsa impresión que los hechos desmienten. Nos vamos como las moscas cuando se acaba el verano... ¿Y quién va a impedirlo? (Se entristece.) ¿Quién va a impedirlo? (Cabecea gravemente.) La profesión de viajante de comercio ha cambiado. La industria del calzado ha cambiado. ¡Esta es una época revolucionaria! (Se levanta y va a la ventana.) No me gusta su aspecto. Créeme, el mundo que yo conocía, el mundo que conocía mi padre, ¡el mundo al que pertenecemos nosotros, los viejos veteranos!..., se desliza y desaparece bajo nuestros pies. ¿Quién va a impedirlo? El slogan "Todo cuero" ya no sirve para vender zapatos. El material de un zapato ya no es lo que hace que el zapato se venda. ¡No! ¡Estilo! ¡Elegancia! ¡Apariencia! ¡Eso es lo que cuenta para el comprador moderno, Bob! Pero trata de decirselo al departamento de estilo. Mira, yo recuerdo la época en que lo único que tenía que hacer era extender mis muestras ahí abajo en el vestíbulo. ¡Abrir mi libreta de pedidos y llenar pedidos hasta que me dolían los dedos! ¡No era necesario hacer el artículo! ¡Una tienda era un sitio donde se vendían artículos, y para vender artículos el detallista tenía que comprarlos al mayorista, Bob! Dónde adquieren ahora la mercancía, no pretendo saberlo. ¡Pero no parece que la compren a mayoristas! ¡Supongo que sale de la nada! ¡O quizá es que las tiendas ya no venden cosas! ¡Quizá estoy viviendo en un mundo de ilusión! ¡Admito también esa posibilidad!

HARPER (Indiferente, sacando del bolsillo el tebeo): Sí... sí. Debe usted haber presenciado algunos cambios.

CHARLIE: ¿Cambios? Es poco decir. Muchacho, he presenciado ¡una revolución! (HARPER ha abierto el tebeo, pero CHARLIE no se da cuenta, pues ahora su perorata, va dirigida a sí mismo.) ¡Sí, una revolución! ¡La atmósfera que respiro no es la misma! ¡Ah! Soy un viejo veterano. (Se abre la chaqueta y saca las múltiples cadenas de oro de su chaleco. Aparece una increíble cantidad de relojes. Habla despacio y con orgullo.) ¡Mira, muchacho! ¿Has visto alguna vez a alguien que tenga

tantos relojes? ¿Cómo adquirir todas estas piezas? (No es la primera vez que HARPER los ve. Mira por encima del tebeo, fingiendo asombro.) ¡En cada una de las reuniones anuales de los viajantes de la Cosmopolitan Shoe Company, en Saint Louis, se obsequiaba al viajante que más se había destacado en el año en un reloj Hamilton de oro macizo, de diecisiete rubíes, de mecanismo suizo! ¡Se me concedieron quince de esos relojes! ¡Creo que eso supone algo! ¡Creo que representa un cierto historial!... ¿No es verdad?

HARPER: ¡Sí, señor! ¡Ya lo creo que sí, míster Charlie! (Ríe de algo que lee en el tebeo, CHARLIE frunce los labios con una exclamación de disgusto y le arranca el tebeo de las manos)

CHARLIE: Muchacho... Te estoy hablando, estoy hablando para tu información, y espero que tengas la bondad de escucharme hasta que haya terminado. Puede que yo sea un viejo veterano. Puede que haya recibido ya mi último reloj de oro macizo... Pero aun así, los buenos modales siguen formando parte de la tradición de esta profesión de viajantes de comercio. Y de la tradición del sur de los Estados Unidos. Sólo un joven fantoche sería capaz de leer tebeos mientras habla el viejo Charlie Colton.

HARPER (Tomando otro trago): Perdóneme, Charlie. Tengo muchas cosas en la cabeza. Hay un asunto que tengo que despachar inmediatamente.

CHARLIE: ¡Y lo despacharás inmediatamente! ¡Sólo quiero que sepas lo que pienso de este nuevo mundo nuestro! ¡No soy uno de esos que van por ahí gritando que en la Casa Blanca se ha instalado un comunista! ¡No digo que los rojos han tomado posesión de Washington! ¡No digo que toda la riqueza del país está en manos de los judíos! ¡Me son simpáticos los judíos y soy amigo de los negros! ¡Pero sí digo esto: el mundo que yo conocía ha desaparecido, desaparecido..., se lo ha llevado el viento! ¡Tengo los bolsillos llenos de relojes que me dicen que mi hora está a punto de llegar! (En su grueso rostro aparece una mirada de profundo malestar y desconcierto. El tono más bien noble de su discurso degenera en una queja senil.) ¡Todos ellos..., cerdos sacrificados..., cadáveres arrojados al río! ¡A los agricultores se les paga para que no cultiven trigo ni maíz, para que no planten algodón! ¡Todas esas letras del alfabeto que surgen a mi alrededor! ¡De significado desconocido para los hombres de mi generación! ¡La ordinariez, la falta de respeto..., los periódicos llenos de noticias raras! ¡Esa terrible, veloz, oscura carrera de los acontecimientos en el mundo! ¡Hacia dónde y por qué!... ¡Yo no pretendo saber nada de ahora! Sólo digo -y lo digo con humildad- que no comprendo... lo que ha sucedido... Soy uno de esos monstruos que se ven reproducidos en los museos... de épocas prehistóricas... los reptiles gigantes y los dino - como - se - llamen. ¡Pero lo que sí sé es esto! ¡Y lo digo sin vergüenza ninguna! ¡Iniciativa..., confianza en uno mismo..., independencia de criterio! Las viejas y auténticas cualidades que distinguían a un hombre de otro, la arcilla del alfabeto, el alfarero de la arcilla... (Con un gesto de las manos.) ¿Cómo dice la vieja canción?... ¡Se fueron con las rosas de ayer! ¡Sí, se las llevó el viento!

HARPER (Cuyo aburrimiento ha avanzado a pasos agigantados): Ustedes los hombres de otros tiempos cometen un error. Sólo leen una cara de las estadísticas.

CHARLIE (Picado): ¿Qué quieres decir con eso?

HARPER: En los periódicos vienen las defunciones en un rincón y los nacimientos en otro, y, por lo general, casi se igualan unas con otros.

CHARLIE: Gracias por la información. Precisamente yo soy padrino de varios niños recién nacidos

en varias de las plazas que visito. Pero me parece que no has entendido ni una palabra de lo que he dicho.

HARPER: Yo creo que sí, míster Charlie.

CHARLIE: Oh, no, te aseguro que no. Lo que quiero decir es esto: ¡El slogan "Todo cuero" ya no se lleva... ni en el calzado ni en la humanidad en general! Lo que importa no es la calidad. ¡Producción, producción, sí! ¡Pero con materiales inferiores! ¡Ersatz, sucedáneos, eso es lo que emplean!

HARPER (*Levantándose*): Eso es lo que usted opina porque usted pertenece al pasado.

CHARLIE (*Furioso*): ¡Una impertinencia, mozalbeta! ¡Puedo exigir un poco de respeto a los mequetrefes como tú!

HARPER: Un momento, Charlie.

CHARLIE: Yo pertenezco a la... tradición. Soy una leyenda. Me conocen de un extremo del delta al otro. Desde el hotel Peabody de Memphis hasta el Cat-Fish Row de Vicksburg. ¡Míster Charlie, míster Charlie! ¿Quién te conoce a ti? ¿Qué representas? ¡Una serie de artículos de dudoso valor, una empresa judía del Este! ¡Sal de mi cuarto! ¡Prefiero hacer solitarios antes que jugar al póker con hombres con menos personalidad que la sota de la baraja!

(*Abre la puerta y el joven viajante se encoge de hombros y sale con presteza. Después la cierra de un portazo y respira profundamente. Entra el NEGRO con una jarra de agua fría*)

NEGRO (*Sonriendo*): ¿Por qué gritaba usted, míster Charlie?

CHARLIE: A veces pierdo la paciencia. Negro...

NEGRO: ¿Sí, señor?

CHARLIE: Tú recuerdas cómo era en otros tiempos.

NEGRO (*Con dulzura*): Sí señor.

CHARLIE: ¡Yo llegaba a la ciudad como un héroe conquistador! ¡Dios mío! ¡Poco les faltaba para poner alfombras rojas a mi paso! ¿No es verdad?

NEGRO: Es verdad, míster Charlie.

CHARLIE: Esta habitación era como el salón del trono. ¡Mis muestras ahí expuestas sobre un paño de terciopelo verde! ¡El ventilador del techo en marcha... ahora estropeado! ¡Y aquí desaparecían la palangana y el jarro y quedaba la mesa cargada de bebidas! ¡Desde el momento en que llegaba hasta que me marchaba, entrando y saliendo los compañeros, los viajeros que me conocían, y yo representaba para ellos cosas que merecen respeto! ¡Gritos, risas...! ¡Alegría! ¿Dónde está todo aquello?

NEGRO (*Asintiendo gravemente*): El cementerio está lleno de conocidos, míster Charlie. ¡Es ya muy tarde!

CHARLIE: ¡Hum! (*Se dirige a la ventana.*) Negro, ya no es ni siquiera tarde... (*Levanta la persiana.*) ¡Es de noche!

(*El recuadro de la ventana está oscuro*)

NEGRO (*Despacio, con una sonrisa llena de sabiduría*): ¡Sí, señor...; es de noche, míster Charlie!

TELÓN